

con todo eso os lo neguemos! Perdonádnos, Señor : en mi nombre y en el de todos mis oyentes os pido perdon, y sabéd... sabéd, Señor : aquí en presencia de todos os lo digo... Pero, hijos míos, no sé si me engaña la confianza que hago de vosotros... Mas no os considero tan impíos, que todavía continuéis en cerrar las manos á los pobres, y endurecer vuestro corazon para con ellos : sabéd, Señor, que se enmendarán, y vos veréis en el modo de tratar á los pobrecitos hijos vuestros, si de veras os aman.

Perdonád, mi Dios, á los pobres, que aterrados con el temor de morir afligidos del hambre y de la sed, se olvidaron de vos. Ahora á vista de vuestra muerte cruelísima, ya no les parece tan fea la suya propia ; al ver vuestra desnudez, pobreza y tormentos, su sed comparada con la vuestra es regalo, y su penuria extrema es consuelo. El desamparo que cobardes temian de vuestra providencia, es nada respecto del que vos padecisteis en la cruz. Perdon, Señor, no los desamparéis ; y pues sabéis lo que es el desamparo de un padre, no desamparéis ni abandonéis á vuestros hijos : conviértase el desamparo que merecemos, en bendiciones de misericordia. Amen.

HOMILÍA.

DEBEMOS COADYUVAR Á LOS DESIGNIOS

DE LA PROVIDENCIA DIVINA.

PARA LA DOMINICA CUARTA DE CUARESMA.

(DE GONZÁLEZ.)

Cum vidisset Jesus quia multitudo maxima venit ad eum, dixit ad Philippum : unde ememus panes ut manducent hi?

Viendo Jesus que venia á él tan gran multitud, dijo á Felipe : dónde compraremos pan para que coman estos?

S. Juan, c. 6. v. 5.

Hace ocho dias que en este mismo lugar se excitó con la mayor energía á los fieles á escuchar con atencion y docilidad la palabra de Dios, manifestándoles la suma utilidad que necesariamente ha de producir en ellos una esmerada é individual instruccion en las respectivas obligaciones, puesto que su exacto desempeño es el medio mas oportuno, el único de conseguir esa felicidad que tanto anhelan : hoy redobra la Iglesia santa sus esfuerzos con el mismo fin, haciéndoles ver el interes universal, el imponderable beneficio, el cúmulo mas completo de bienes que á todos nos resulta del anhelo en proporcionarnos este saludable alimento, y del ansia con que lo recibimos : por cuyos medios nos da á entender las atenciones, la compasion, el amor, el especialísimo cuidado con que la providencia de un Dios infinitamente sabio, poderoso y benéfico se digna colocarnos á todos sin excepcion alguna bajo las alas de su proteccion ; nos pone á cubierto de los tiros que lanzan contra nosotros los mas encarnizados enemigos ; nos libra de todas las desgracias ;

nos separa de los lazos y peligros, de que ni aún teníamos el mas leve conocimiento, y á fuerza de prodigios en extremo palpables nos franquea los tesoros de sus gracias, nos proporciona el remedio de todas nuestras necesidades espirituales y corporales, y el goce de todos los bienes del tiempo y de la eternidad.

Habiéndose retirado Jesus á la otra parte del mar de Galilea, le siguió una numerosa multitud, admirada de tantos milagros como á su vista obraba, para sanar á los enfermos y socorrer á los necesitados de toda especie, que imploraban su proteccion. Estas turbas no conocian otro placer que gozar de su compañía; cifraban su felicidad en oír las palabras que salian de su boca, llenas de una sabiduría celestial, sin advertir el peligro que las amenazaba de perecer. pues era indispensable que en aquel desierto faltase el alimento necesario á tan extraordinaria multitud. Mas el Señor, que las miraba desde lo alto del monte donde habia subido con sus discípulos, no podia desconocer esta necesidad; así es que movido á compasion, trató de remediarla, sin esperar á que ellas lo solicitasen. Al efecto se dirigió á Felipe diciéndole: ¿quién podrá darnos el pan necesario, para que estos miserables no perezcan de hambre? Á cuya pregunta contestó el santo apóstol, conociendo la suma dificultad que el asunto ofrecia: Señor, aunque tuviéramos doscientos denarios, y todos los empleáramos en pan, aún no alcanzaria para proveer á cada uno, no solo lo que necesita, pero ni una leve parte. Andres que habia oído la conversacion, tomó la palabra y dijo: aquí se halla un jóven con cinco panes y dos pececillos; pero esto de nada sirve siendo tan exorbitante el número de los necesitados. Está bien, respondió el Salvador: tomad esos panes y peces, y hacéd que se sienten todos. Verificado esto, tomó en sus manos aquella insignificante provision, la bendijo, y mandó á sus discípulos que la distribuyesen. Obedecen sin replicar; dan á cada uno cuanto quiso tomar, hasta quedar plenamente saciado; y á pesar de reunirse solo de hombres adultos un número de cinco mil, todavia sobró la cantidad suficiente para llenar doce espuertas, cuando el Señor dispuso que se recogiesen los fragmentos, para que no se desperdiciasen.

Esta admirable relacion, con algunas breves reflexiones que haré de paso, no podrá ménos de inspiraros la mas segura con-

fianza en la Providencia especialísima de Dios, si os resolvéis á seguirle en este acontecimiento, y escuchar sus palabras con la docilidad que lo hicieron las turbas. Procuremos adquirir ante todo una prueba de esta misma Providencia, suplicando al Señor se digne concedernos los auxilios de su gracia por la mediacion de la Madre de los necesitados. *Ave María.*

Á nadie le es permitido dudar, que entre la muchedumbre del pueblo que siguió á Jesucristo por las costas del mar de Tiberiades, se hallaba un número considerable de enfermos, de leprosos y lisiados. No obstante la dificultad que sus dolencias opondrian á tan penoso viaje, siguen al Salvador, porque habiendo presenciado que sin mas instrumentos que su palabra daba vista á los ciegos, oído á los sordos, voz á los mudos, movimiento á los paralíticos, vida á los muertos y remedio á todos los necesitados, confiaban ser ellos igualmente curados. Así es que deseaban con la mayor ansia oír, y escuchaban efectivamente con la mayor atencion y docilidad su doctrina, como que les acreditaba la experiencia que era palabra de vida, de salud, de sabiduría, de consuelo, de bendicion y de gloria. Y aunque el evangelista san Juan nada expresa en la parte del Evangelio que la Iglesia nos refiere en este dia; pero san Mateo y san Márcos describiendo este mismo acontecimiento, nos aseguran que apenas divisó el Señor la multitud que iba en pos de él, llevando consigo sus enfermos, los sanó á todos súbita y milagrosamente sin esperar á que ellos se lo pidieran; y no contento con haberles proporcionado la salud completa de sus cuerpos, y librado de los males que les aquejaban, les hablaba con una energía celestial acerca del reino de Dios, con el fin de infundir en sus almas la salud espiritual que necesitaban, no ménos que la del cuerpo, para prepararse á la vida eterna. En vista de esto ¿podrian aquellos hombres, por tantos títulos reconocidos y obligados á la liberalidad del Salvador, podrian, digo, resolverse á abandonarle, á separarse de su amable compañía? ¿Podrian negarse á escuchar sus amorosas exhortaciones, ni aún manifestar la menor resistencia, cuando para inspirarles alguna idea, y encender en sus corazones un ardiente deseo de la eterna bienaventuranza, les proporcionaba cuanto era conducente á su felicidad temporal, valiéndose de unos me-

dios tan admirables, tan extraordinarios, tan desconocidos hasta entónces?

Pero es de notar que el Señor no se da por satisfecho concediendo la salud á todos los enfermos, sino que extiende, lleno de caridad, las alas de su amorosísima providencia, para poner á los sanos á cubierto de todos los tiros de la infelicidad y de la miseria: no solo tiene la generosidad de dispensar sus beneficios ántes que los soliciten los necesitados, sino que prevé y anticipa el remedio mas completo y abundante á sus necesidades, cuando ni las conocian, ni aún llegaban á pensar en ellas los mismos que iban á padecerlas. Porque la multitud que le sigue al desierto, admirada de su extraordinario poder, de su imponderable beneficencia, de su sabiduría y amor, no sabia llevar su atención á otros objetos; así es que no advierte que puede, y es preciso que falte en aquella soledad el alimento indispensable para la conservacion de la vida. El amorosísimo Jesus que no puede ignorarlo, se siente penetrado de una tierna compasion: *miseror super turbam*, dice: como que siente ya en el interior de su alma el dolor, la debilidad, las angustias que necesariamente habia de ocasionar semejante falta en aquellos infelices, cuando se sientan afligidos del hambre. Ya alcanza á descubrir los resultados: *si dimisero eos jejunos, deficient in via* (1), perecerán víctimas de la debilidad, si yo los abandono en este caso, exclama; y su providencia infinitamente bienhechora le excita á poner en práctica los mas eficaces recursos, para impedir este mal, no solo al presente, sino además para lo sucesivo.

Seria en verdad en extremo injurioso á la sabiduría infinita de Dios, tansolo imaginar que pudieran serle necesarios el consejo, los talentos, la cooperacion, cualquiera que fuera, de sus discípulos para proporcionar el pan ó conservar sin este la existencia de cinco mil hombres, cuando la fe y la razon nos enseñan, que por sí solo, y sin mas que haberlo querido, sacó de la nada el cielo con todos los astros, la tierra con todo cuanto ella produce y contiene, los hombres, los brutos, los insectos, las plantas; que con solo el imperio de su voz comunicó á la tierra de suyo estéril la fecundidad prodigiosa con que espontáneamente arroja de su seno todo lo que es necesario y conducente

(1) *Marc. c. 8. v. 3.*

para la formacion, conservacion, aumento, comodidad y regalo de la prodigiosa multitud de vivientes que la han poblado, la pueblan y la poblarán hasta la consumacion de los siglos. Seria indecorosísimo á la Providencia suponer que tenia que valerse para esto de la cooperacion del consejo de unos ignorantes y en extremo débiles el mismo que nunca se valió de ellos, para iluminar á los ciegos de nacimiento, para desatar la lengua de los mudos, para curar al golpe toda clase de enfermedades, aún aquellas que son naturalmente incurables, por mas que se apliquen todos los medios del arte; para restituir á la vida á los difuntos ya corrompidos en el sepulcro. Sin embargo de esto se dirige en la ocasion presente á sus discípulos, aparentando consultar con ellos sobre los medios de que pudiera valerse para alimentar á tantos: *unde ememus panes ut manducent hi?* Si queréis saber la razon de esta conducta del Salvador, que á primera vista os parecerá extraña, bien patente está en el Evangelio: no es otra que por probar la fe de los apóstoles, y prepararlos á que admirasen despues mejor la grandeza del prodigio.

Mas, como insinué ántes, no trata solamente Jesucristo de remediar la necesidad del momento, quiere tambien proporcionar remedios prontos, abundantes, extraordinarios á todos los que de cualquier modo son molestados de la desgracia; no exhorta solo por esta accion á dar de comer al hambriento, sino á todas las obras de misericordia, así corporales como espirituales. El vestido, la asistencia, el consejo, la instruccion, el ejemplo... todo entra en su plan. No habla solo con Felipe; sus palabras se dirigen á los poderosos y á los de mediana fortuna, á los sabios y á los ignorantes, á los sacerdotes y á los legos; á todos habla, á todos exhorta, á todos obliga al cumplimiento de este precepto, para enseñarnos que nadie en el mundo está impedido de ejercitar la caridad y misericordia, cooperando al bien espiritual ó temporal de alguno de sus semejantes. Á todos habla, á todos instruye, á todos impele al ejercicio de esta virtud, para que en ningun tiempo falte el socorro que por medios, ocultos á la razon, destina la Providencia á los verdaderamente necesitados. Á todos habla, á todos quiere hacer ver que el remedio debe ser proporcionado á las necesidades; que si estas son urgentes, urgente debe ser aquel; que si estas son extraordinarias, tambien debe ser aquel extraordinario: no pu-

diendo quedar alguno excusado con decir como Felipe : *ducentorum denariorum panes non sufficiunt, ut modicum quis accipiat* : ó con Andres, *sed hæc quid sunt inter tantos* ?

Ricos y poderosos de la tierra, con vosotros habla el Señor cuando dice : *unde ememus panes ut manducent hi* ?Cuál es vuestra respuesta ? ¿ Pretenderéis eximirnos de la obligacion de dar limosna, ponderando el crecido número de pobres que en todas partes se os pone delante ? ¿ ú oponiendo á esa verdadera necesidad aquella otra que vosotros queréis figuraros de atender al decoro de vuestro estado, al bien estar de vuestra familia, á la conservacion de ese rango á que la fortuna os ha elevado, á la colocacion ventajosa de vuestros hijos ? Ministros del Señor, con vosotros habla, cuando dice : *unde ememus panes ut manducent hi* ? Veamos cuál es vuestra resolucion. ¿ Os creéis fuera de toda obligacion de proporcionar á los fieles el alimento espiritual, con exponer la debilidad de vuestras fuerzas, la escasez de vuestros talentos, lo arduo y difícil del ministerio, el no poseer beneficios á que esté aneja esa obligacion ? Estos y todos los demas pretextos de esta especie no son suficientes á excusaros, como efectivamente no lo fueron los que alegaron los apóstoles, por mas que á primera vista pareciesen fundados. No lo son ; porque Dios quiere y positivamente manda que sean socorridos todos aquellos, á quienes su providencia ha negado otros recursos, con que pueden atender á su subsistencia y á la de su familia. Y cuanto crecen y se difunden mas las necesidades, tanto es mas imperiosa la obligacion, porque entónces no solo Dios lo ordena, la razon lo dicta, la humanidad lo exige, la naturaleza lo demanda á grandes voces. En tal caso hay un deber riguroso de justicia de cercenar los gastos dictados por ese lujo destructor, por esa vanagloria, por esa ostentacion, por esa avaricia, por ese criminal deseo de agradar al mundo. Y siendo sin comparacion alguna mas apreciable y de mayor interes la vida espiritual, ¿ quién podrá desconocer que hay en los ministros del Señor una obligacion mas estricta, si se quiere, mas imperiosa de cooperar á su conservacion, proporcionando á las almas el alimento de la instruccion, de las exhortaciones, de los sacramentos, de todos los demas ejercicios propios del ministerio sagrado ?

Pero los progresos de la civilizacion se conocen en todas partes ; la ignorancia es ménos general, casi nula segun va adelan-

tando el siglo ; hasta el rústico labrador posee ya conocimientos de que ántes carecian aún los que se tenian por mas instruidos : de consiguiente no es tan considerable como se trata de ponderar la necesidad. — Imposible parece que la razon del hombre se llegue á oscurecer en términos que adopte tan groseros errores. Convengo en que por desgracia este siglo, tan fecundo en descubrimientos y progresos, va desterrando del corazon de los cristianos la ignorancia ; pero la ignorancia de unas cosas que nunca debieran saber ; una ignorancia, de que sin duda alguna pendia el sosiego, la tranquilidad que ántes reinaba en las chozas de los rústicos ; una ignorancia que constituía su verdadera ciencia, una ignorancia... digámoslo de una vez : los simples fieles han aprendido en nuestro siglo la insubordinacion á todas las potestades civiles y eclesiásticas ; han aprendido á burlarse de las cosas mas santas ; han aprendido á adquirirse considerables bienes de fortuna por medios ilícitos, repugnantes ; han aprendido esto y mucho mas que ignoraban ántes ; pero en cambio olvidan las sacrosantas verdades de la Religion ; olvidan lo que deben á su Dios, á sus prójimos y aún á sí mismos ; olvidan lo que mas les interesa, por aprender lo que mas les perjudica. Funesta ilustracion ! fatales descubrimientos !

No hay que hacerse ilusiones : la necesidad en el dia es mayor que nunca, porque es mayor, mas crasa, mas grave, mas general la falta de instruccion en materias religiosas. En prueba de ello tendéd la vista, y descubriréis en todas partes miserables parvulillos, expuestos á perecer de hambre por falta de guias en medio de ese siglo corrompido ; pero pidiendo con ansia el alimento espiritual, cuya necesidad conocen á impulsos de la gracia. Aseguro que me consuela sobremanera ver la caridad, el celo con que sin la menor repugnancia, con notable satisfaccion se prestan al desempeño de esta obligacion sagrada muchos recomendables ministros, sin que lo impidan su edad avanzada, su salud nadá robusta, las dificultades anejas al ministerio, ni otros inconvenientes semejantes. Al contemplar estas escenas de caridad, se me figura ver á los apóstoles ocupados en repartir entre las turbas los panes y peces, que Jesucristo habia multiplicado con su bendicion. Pero al mismo tiempo me es demasadamente sensible ver que se retiran algunos famélicos, en gran manera desconsolados por no hallar

quien les falicite el alimento que solicitan; y desearia vivamente que deponiendo todo vano temor, y desprendiéndonos de todas las preocupaciones, acudiéramos todos animados de un ardiente celo por la gloria de Dios y el bien espiritual de nuestros hermanos, á proveer del oportuno y abundante remedio á tantos miserables que lo necesitan. Nada nos detenga: nada nos acobarde. Seria una presuntuosa temeridad esperar de nuestros escasos talentos ó de nuestras débiles fuerzas el resultado de nuestros trabajos: este nunca debe esperarse de la habilidad del que planta, ni del cuidado del que riega; la divina gracia es la única capaz de hacer elocuentes las lenguas ménos idóneas, y en gran manera fecundas las expresiones de suyo mas estériles: sola la providencia del Señor es la que multiplica el sustento espiritual de sus ministros, como multiplicó el corporal en mano de los apóstoles.

Coloquemos á imitacion de estos en manos del Omnipotente lo poco, que por nuestras propias fuerzas y por los medios naturales podamos reunir, y no dudemos que su bendicion lo aumentará prodigiosamente. Oigamos con docilidad sus palabras; obedezcámosle sin réplica, como lo hicieron los apóstoles, cuando les mandó llevar á su presencia la escasa porcion que tenia el muchachuelo, y tendremos la satisfaccion de ver reproducido el milagro de la multiplicacion de los panes y peces. Tengamos presente que apénas habla Jesucristo, empiezan los apóstoles á distribuir entre la multitud aquella porcion de alimento tan escasa, tan mezquina, sin detenerse á reflexionar que su obediencia pudiera servir, mas bien que para remediar tan grande necesidad, para exasperar, irritar los ánimos de los circunstantes, suscitar entre ellos celos, enemistades, y acaso algun tumulto, no siendo suficiente para todos; pero no olvidemos al mismo tiempo que el premio de su obediencia fué tener la agradable sorpresa, la indecible satisfaccion de que cinco mil hombres, y acaso mas de otros cinco mil entre mujeres y niños, fueran alimentados, de suerte que tomó cada uno lo que quiso sin otra medida que su apetito, y aún llegaron á presenciar otro prodigio mas admirable, si se quiere, cual fué el de hallarse despues de esto con el sobrante de una porcion mucho mayor que la que tenia para dar principio al ejercicio de su misericordia.

Reflexionemos todos sobre este notable acontecimiento. Apé-

nas los cinco panes y dos pececillos serian bastantes para llenar una espuerta, y ¡despues de un consumo tan exorbitante se llenan doce con los fragmentos! Reflexionémoslo con detencion, y no podremos ménos de admirar esa Providencia invisible que vela por la conservacion de todos los vivientes, adorarla reconocidos y humillados, tributarle incesantes acciones de gracias, y encomendarnos enteramente á su proteccion. Reconozcamos de buena fe esa Providencia adorable. Admiraremos en buen hora el prodigio de la multiplicacion; pero atendamos principalmente á lo que en él se nos manifiesta. Jesucristo es igual en todo á su eterno Padre, es una misma cosa con él; tiene la misma sabiduría, la misma omnipotencia; y sin embargo apénas se pone en su presencia la escasa provision, su primer cuidado es dirigirse al cielo, atraer la bendicion de Dios Padre sobre aquel ejercicio de misericordia, y darle las gracias, porque no duda que ha de multiplicarlo, aunque sea á fuerza de milagros. Imitemos tan ejemplar conducta. Ya sé que en lugar de la omnipotencia que se hallaba en las manos del Salvador, solo hay en las nuestras flaqueza y debilidad; por lo mismo no pretendo que tratemos de hacer milagros, ó de recurrir continuamente á estos para remediar unas necesidades comunes, y que pueden remediarse por medios naturales: deseo sí que seamos ménos soberbios, ménos presuntuosos; que contemos para todo con la Providencia, como el principal recurso para conseguir la ejecucion de nuestros proyectos, así de negocios temporales como del de nuestra salvacion, que es el mas interesante; que coadyuvemos á sus designios respecto á la conservacion de los necesitados: no hay otro medio de ser completamente felices: aprovecháadlo.